



ABC: Argentina, Brasil, Corea

Reseña histórica de sus relaciones

Dante A. Anderson

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

CÓRDOBA-ARGENTINA

Danteanderson@hotmail.com

Resumen

El objetivo principal de este trabajo es revisar las relaciones de Argentina y Brasil con Corea: sus orígenes y evolución, desde una mirada histórica, en el que se repasan los lazos entre países que –pese a su lejanía geográfica– han pasado por procesos similares y construido vínculos que desde la restauración democrática (tanto en Corea como en América Latina), han sido sustanciales. También se hace hincapié en la necesidad que surgió de conservarlos y profundizarlos de cara a los desafíos del siglo XXI.

Palabras clave: América Latina, Corea, diplomacia, autoritarismo, democracia, Brasil, Argentina.

ABC: Argentina, Brazil, Korea

A Historical review on their relations

Abstract

This work provides a review on the relationships of Argentina and Brazil with South Korea, from a historical perspective. The analysis explores the origin and evolution of the bond between the countries that –albeit geographically separate– followed similar paths, and built more prominent relations since the restoration of democracy in South Korea and its Latin American counterparts. There is also special mention of the benefits that the strengthening of the relations can bring for all parties to face the challenges the twenty-first century brings.

Keywords: Latin America, Korea, diplomacy, authoritarianism, democracy, Brazil, Argentina.

Recibido: 9.8.16 / Aceptado: 24.8.16

1. Introducción

En materia de política internacional, la historia comparada se constituye en un método eficaz y apropiado para el estudio de las relaciones exteriores, en este caso específico las de Argentina y Brasil con Corea desde una perspectiva diferente.

No todos conocen cuán cerca fueron los vínculos entre estos tres países en las últimas cinco décadas. Incluso hasta hay ciertos patrones de conducta en el ámbito diplomático de sus gobiernos, tanto en materia de relaciones exteriores como en la trama que los ha ligado a los grandes centros de decisión mundial.

La mayoría de las descripciones que circulan acerca de las relaciones entre Corea y Latinoamérica, toman como punto de partida al período conocido en Corea del Sur (RdC) como la “Tercera República”, un período que duró desde 1961 hasta 1972.

Es imprescindible entender entonces a partir de cuándo y por qué surge en los gobiernos de Argentina y Brasil –ligados a los centros políticos y económicos de Occidente– su relación con un país tan remoto, que además acababa de romper con su patronato colonial.

Hay un momento nodal: cuando las tropas norcoreanas atraviesan el paralelo 38° en agosto de 1950 y desatan la crisis. Los gobiernos argentinos y brasileños se vieron obligados a tomar posición ante los organismos multilaterales creados para hacer frente a este tipo de contingencias, como la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y la Organización de los Estados Americanos (OEA).

Y sin dudas cualquiera de estos eventos exigía un ajuste en sus relaciones ni más ni menos que con la poderosa potencia hemisférica: los Estados Unidos.

Ambos, Argentina y Brasil, repudiaron la acción iniciada por Pyongyang, pero de allí a la alianza incondicional que reclamaba Washington resultó el establecimiento de alguna distancia.

Si bien al inicio el presidente argentino Juan Domingo Perón creyó que el conflicto en la península era un disparador de la Tercera Guerra Mundial (una situación que podía sacar a su país de los apremios económicos por los que atravesaba), y aprobó el proyecto de la Cancillería para enviar efectivos militares a Asia, pronto cambió de opinión y su ayuda a la causa occidental se limitó exclusivamente a la entrega de suministros. (Moniz Bandeira, 2004: 229).

Lo propio hizo su vecino de Brasil, Getulio Vargas, que rechazó la solicitud de auxilio militar reclamada por Estados Unidos en la IV Reunión

de Consulta de la OEA (1951), lo que fue asumido por sus detractores como una clara demostración de la reorientación política hacia la izquierda del fundador del “Estado Novo”. (Moniz Bandeira 2004: 222).

2. Los años sesenta, entre inestabilidad política y diplomacia restringida

Pasado el suceso bélico, fueron los siguientes presidentes, enrolados en el “desarrollismo”, los que establecieron efectivas relaciones con la RdC: el argentino Arturo Frondizi y el brasileño Jusélio Kubitschek. (Devoto y Boris, 2008: 325).

Aún, pasadas tantas décadas, hay algunos puntos ciegos respecto a estos dos movimientos. Queda por resolver si la decisión de establecer lazos con Seúl (Kubitschek en 1959 y Frondizi en 1962) fueron auténticas decisiones soberanas y autónomas, para ampliar el rango de vínculos –aprovechando la distensión este-oeste– o si fue un gesto político hacia Estados Unidos en momentos en que América Latina era un campo particular de la rivalidad bipolar tras el triunfo de la revolución castrista. (Devoto y Boris, 2008: 336).

Lo que sí es un hecho es que, en materia de política exterior, argentinos y brasileños compartían un proyecto programático: sea adscribían a la no intervención, a la autodeterminación de los pueblos, a la apertura hacia los países del bloque comunista y un orden universal pacífico, basado en la justicia y el derecho por sobre los criterios realistas del equilibrio del poder impuesto por la Guerra Fría.

Tanto los gobiernos de Arturo Frondizi y luego Arturo Illia en Argentina, como los de los brasileños Jânio Quadros y João Goulart trataron de aplicar –con dispar suerte– estos principios en un sistema de relaciones interbloques de gran rigidez, que asimilaba linealmente toda corriente reformista o autónoma a alguna forma de penetración soviética. (Moniz Bandeira, 2004: 272/73).

Esto resulta más evidente en el caso de Frondizi. El presidente argentino asumió la decisión de establecer relaciones con Seúl, tan solo semanas antes de ser derrocado en marzo de 1962. Su anuncio se dio en momentos en que enfrentaba la crisis más aguda en torno al manejo de los asuntos exteriores, con unas Fuerzas Armadas locales incapaces de comprender los términos de la “coexistencia pacífica” y su oposición a la expulsión de Cuba del sistema interamericano.

La misma suerte corrió su vecino, João Goulart. Al querer profundizar en su país la línea programática de Kubitschek (más conocida por Política

Exterior Independiente, PEI), acabó por enfrentarse, tanto con la derecha doméstica como con la intransigencia del Departamento de Estado norteamericano. ¿El resultado? Otro precipitado golpe militar a su gobierno, en abril de 1964. (Moniz Bandeira, 2004: 329).

A pesar de un escenario tan desalentador desde el punto de vista de estabilidad política en Latinoamérica, curiosamente esta situación resultó muy favorable para el gobierno surcoreano del general Park Chung Hee (1962-1979). El mandatario podía exhibir buenos resultados de su política y propaganda en el exterior: logró un interesante aumento de los países americanos (quince en total), que reconocían al gobierno de Seúl como el legítimo representante de Corea. Con estos pulgares arriba, su gobierno conseguía además socios económicos y un terreno fértil para sus proyectos migratorios (Anderson y Copertari, 2005: 363).

3. Tiempos de democracias tuteladas y dictaduras militares

En la etapa militar que siguió a los golpes de Estado contra João Goulart (1964) y Arturo Humberto Illia (1966), los dictadores que tomaron el poder (Humberto Castelo Branco en Brasil y Juan Carlos Onganía en Argentina), si bien se adscribían a la doctrina de “las fronteras ideológicas”, en el caso particular de sus relaciones con la RdC no tuvieron un mismo criterio (Devoto y Boris, 2008: 366).

Mientras Argentina cerraba su sede diplomática en Seúl en agosto de 1968, la colocaba bajo la jurisdicción de su embajada en Tokio —que puede interpretarse como una muestra de la irrelevancia de la relación entre ambos Estados—, cuatro años antes Brasil abría su embajada en la RdC y recibiría las primeras visitas oficiales coreanas en noviembre de 1970. Se trató de la gira del enviado especial del presidente Park, Pai Too-Chin (futuro primer ministro) y en agosto de 1972 la del ministro de Negocios Extranjeros, Kim Yong-Shik, interesado en incrementar los lazos económicos entre ambos países.

Entre finales de los años sesenta y principios de los setenta, se montó un escenario distinto en toda Latinoamérica. Por un lado hay una gran descompresión política e ideológica tras la resolución de la crisis cubana de 1962 y por el otro, la diversificación del sistema mundial con el ascenso de nuevas potencias medianas.

Entre 1968 y 1973 asumieron los gobiernos de Perú, Bolivia, Ecuador, Panamá, Argentina y Chile, políticos y militares orientados por pautas similares: programas de liberación nacional y social que conmovían al Tercer Mundo y en materia de política exterior, asumían una posición más pragmática e independiente.

En esta nueva etapa, Argentina pasa por uno de sus momentos históricos más significativos como fue el regreso del peronismo al poder, después de estar proscripto durante 18 años.

Y fue, precisamente durante el mandato del primer presidente argentino civil en siete años, Héctor J. Cámpora (mayo-julio 1973), que Argentina, como parte de una política exterior calificada de “autónoma heterodoxa”, establece relaciones con la República Popular Democrática de Corea (RPDC), en momentos que Pyongyang ejecuta una diplomacia más activa en Latinoamérica. El resultado de estos movimientos de Oriente a Occidente incluyó la apertura de embajadas norcoreanas en Buenos Aires, Lima, Santiago de Chile y Quito (Anderson y Copertari, 2005: 364).

Entre 1973 y 1976 hubo cuatro presidentes peronistas en Argentina, que pese a las expectativas iniciales creadas, en la realidad nunca profundizaron la relación con el régimen coreano de Kim Il Sung. Los vínculos con Pyongyang se estancaron a partir de 1974, cuando asumió la última presidencia de esta saga peronista, la viuda de Juan Domingo Perón: María Estela Martínez de Perón.

La casi inexistente relación entre argentinos y norcoreanos se mantuvo sin cambios hasta el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. En ese momento se precipita –entre otros cambios radicales– la ruptura de la relaciones entre ambos países cuando la representación norcoreana abandona el 5 de junio de 1977 –sin previo aviso– el país. En paralelo, la nueva dictadura militar que toma el poder en Buenos Aires afianzó sus relaciones con Seúl, un gobierno con el que compartían una misma percepción en materia de seguridad global.

Brasil, en cambio, no se plegó a lo que sucedía en Argentina y estrechará lazos con la RdC, que resultará del establecimiento de relaciones con Beijing en 1974 (Anderson y Copertari, 2005: 374).

Con la apertura hacia la RPCh se forjaron nuevas alianzas, se incrementó la cooperación e intensificaron los contactos con los “Tigres Asiáticos”, que estaban en pleno proceso de despegue económico. Como resultado una nueva misión surcoreana visitó Brasil en marzo de 1977 y luego hizo lo propio una comisión parlamentaria.

Los dos últimos mandatarios militares brasileños, Ernesto Geisel (1974-1979) y João Figueredo (1979 -1985) fueron un poco más allá.

En 1979 la cancillería brasileña, como parte de una estrategia que procuraba maximizar beneficios y construir un poder de negociación, propio de una nación en ascenso (y ya con aspiraciones a potencia), comenzó a estudiar la posibilidad de establecer relaciones con “países socialistas me-

nores”, como Corea del Norte. Pero, de todos modos, este plan no pasó de los papeles, ya que la fase final de la Guerra Fría y la gestión de la transición hacia la democracia impidieron que se concretara este proyecto.

4. Corea, ¿otra vez?

En la década de los ochenta se desató un amplio y profundo proceso de democratización, que alcanzó tanto a Argentina y a Brasil como a Corea del Sur. Este fue uno de los efectos colaterales del agotamiento de los regímenes militares subproductos de la Guerra Fría (Gomes Saraiva y Tedesco, 2001: 127).

La sustancial mejora en las relaciones estuvo jalonada tanto por la decisión argentina y brasileña de apoyar el ingreso de ambas Coreas a la ONU en 1991, como por los encuentros de mandatarios y funcionarios de alto nivel (Silbert y Santarrosa, 1998: 242).

En 1996 por primera vez un presidente surcoreano, Kim Young- Sam, realizó una gira por Sudamérica a quien luego le siguieron luego en su tarea Roh Moo-Hyun (2004), Lee Myung -Bak (2008) y Park Geun-hye (2015).

A diferencia de los presidentes argentinos, los mandatarios brasileños sí retribuyeron esas visitas de Estado. Fernando Henrique Cardoso en el 2000, e Ignacio Lula da Silva en 2005 viajaron a Oriente y estas visitas aumentaron los acuerdos comerciales entre ambas naciones (Gomes Saraiva y Tedesco, 2001: 140). De hecho, los dos presidentes brasileños lograron rebasar los límites impuestos por el paralelo 38°, al establecer relaciones con las RPDC en 2001. Con esta medida se instrumentó el truncado proyecto de Itamaraty de 1979, que fue inclusive interpretado como gesto amistoso de Cardoso para con su par surcoreano Kim Dae -Jung, por los esfuerzos puestos en el proceso de apertura y reconciliación con el norte, conocido como la *Sunshine Policy*. En 2009, Lula fue incluso más allá y nombró al primer embajador en Pyongyang.

Del otro lado del globo, la diplomacia norcoreana ha resultado aún más errática. Con la implosión de la Unión Soviética, todo hacía presumir que Corea del Norte se caería del firmamento socialista como otros Estados satélites de Moscú.

El *coming collapse of North Korea* instalado por el periódico estadounidense *The Wall Street Journal* (1990), cosechó adeptos tanto en los medios políticos como en la opinión pública. Esta predicción del desplome con un grado de precisión casi científico, vaticinaba que el norte acabaría por ser absorbido por sus vecinos del sur. En tal situación, ¿quién querría mantener relaciones con un desahuciado?

La extinción de sus antiguos socios, y la grave crisis económica y financiera que le sucedió a Corea del Norte entre 1994 y 1998 (bautizada como la “Ardua Marcha”), obligó a los Kim el cierre de 30% de sus embajadas, incluyendo algunas en Latinoamérica, un repliegue que había comenzado tiempo antes con la instauración en el Cono Sur de dictaduras militares refractarias a mantener cualquier tipo de nexo con un Estado marxista.

Superada esta etapa de restricciones, en los últimos años se está produciendo un cauteloso proceso inverso que ha pasado inadvertido para la mayoría y ha ocupado un discreto sitio en la prensa. El “reino ermitaño” mantiene ahora relaciones con ocho países latinoamericanos: Brasil, Cuba, Perú, Guatemala, México, Nicaragua, República Dominicana y Venezuela (Anderson, 2008).

5. *Show me the Money*

Desde la implementación de la *Business Diplomacy* de Lee Myung-Bak, en 2008, en adelante la política exterior coreana en Latinoamérica ha sido cada vez más pragmática, más multifuncional y mucho más decidida.

Es en esta nueva etapa donde Argentina, Brasil y Chile resultan relevantes para generar unas oportunidades de negocios para empresas coreanas, sedientas de *commodities*.

Hoy por hoy, hay una mayor sinergia con Brasil, donde sin duda es el principal destino de su estrategia de inversiones globales, seguida por Argentina y el tercer puesto es para Chile, pese a que es el único de los tres países que firmó un Tratado de Libre Comercio (TLC) con Seúl en 2004. En tanto, nuevas piezas se van sumando a la arquitectura de la Cancillería surcoreana, los países de la cuenca del Pacífico: México, Perú y Colombia.

Para Seúl la firma de un TLC con Argentina y con Brasil, o incluso con un bloque económico como es el Mercado Común del Sur (Mercosur), afianzaría de manera efectiva los vínculos binacionales.

Pero la factibilidad de estos tratados está en duda a causa de las asimetrías en los procesos de integración económica existente entre países. Las asimetrías se refieren al intercambio “poco parejo” de materias primas por productos con alto valor agregado (fundamentalmente del sector tecnológico).

Estos *stand by* que aplicaron tanto el gobierno argentino de Cristina Fernández, como el de la brasileña Dilma Rousseff, podrían activarse con los cambios de gobiernos en los países sudamericanos. Tanto Mauricio Macri como Michel Temer están en las antípodas proteccionistas de sus antecesoras, con una posición pro-mercado y una nueva internacionalización de la

presencia de los dos países. De hecho, ambos están actualmente coqueteando más con la Alianza del Pacífico (Chile, Colombia, México y Perú), con una impronta mucho más poderosa y organizada que la desgastada imagen (y poca actividad) del Mercosur.

6. Conclusiones

Ya han pasado más de cincuenta años desde que Argentina, Brasil y Corea iniciaran sus vínculos, los que durante buena parte del siglo XX estuvieron atravesados por la percepción que tanto sus protagonistas como los poderes globales tenían dudas sobre qué lugar debían de ocupar en el escenario internacional.

En sus inicios, la débil interacción entre los tres gobiernos estuvo condicionada por el carácter de países en vías de desarrollo, y las amenazas sobre la seguridad generados por el conflicto de las superpotencias durante la Guerra Fría.

Con el fin del conflicto este-oeste y la consolidación democrática en los tres países, se abrió una nueva oportunidad y la relevancia de los lazos ahora sí resulta superlativa.

A medida que transcurre el nuevo siglo, la vocación de profundizar dichas relaciones se acrecienta, ya no solo desde los principios de la globalización y de la economía de mercado, sino también en áreas de cooperación científica, cultural, tecnológica y de inmigración.

La política exterior de un país es un proceso en constante construcción, que en definitiva está determinada por el sistema político en que se formula. Y estos son los desafíos que impiden dar por concluido cualquier ensayo sobre la cuestión, sobre todo luego de los cambios de gobierno en Argentina y Brasil este año y la proximidad de las elecciones presidenciales en Corea del Sur en 2017.

Referencias

- Anderson, Dante Alejandro y Copertari Carlos. (2005) *“Peronismo, Guerra Fría y Corea del Norte”*, en Oviedo Eduardo Daniel (comp.) *“Corea... una mirada desde Argentina”*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario (UNR).
- Anderson, Dante Alejandro. (2008) *“Pasado y Presente de las Relaciones Corea del Norte - Latinoamérica”* Buenos Aires: Universidad del Salvador (USAL).
- Devoto, Fernando y Boris Fausto. (2008) *“Argentina y Brasil 1850-2000, Un Ensayo de Historia Comparada”*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

- Gomes Saraiva, Miriam y Tedesco, Laura. (2001) “Argentina e Brasil: *Políticas Exteriores Comparadas Depois da Guerra Fria*”, en Revista Brasileira de Política Internacional. Issue nº 44.
- Moniz Bandeira, Luis Alberto. (2004) “*Argentina, Brasil y los Estados Unidos. De la Triple Alianza al Mercosur*”. Buenos Aires: Editorial Norma.
- Silbert Jaime. (1998) “*Veinticinco años de las relaciones entre la República Argentina con la República de Corea y la República Popular China, 1972-1997*” en Silbert Jaime y Santarrosa, Jorge (comp.) “Desarrollo económico y democratización en Corea del Sur el Noroeste Asiático”. Córdoba: Editorial Comunicarte.

